

# LOS GRANDES RELATOS DEL ENCUENTRO CON DIOS

Selección: Enrique Aguilera

## SUMARIO

1. La conversión de San Agustín
2. San Ignacio de Loyola. La iluminación del Cardoner
3. El "Memorial" de Pascal
4. El "hecho extraordinario" de García Morente
5. San Francisco de Asís ante la cruz de San Damián
6. Santa Teresa de Jesús ante el rostro de Cristo
7. "Esta es la verdad". Edith Stein del judaísmo al cristianismo
8. La conversión de Tatiana Goritcheva
9. "Bajo la mano de Dios". Paul Claudel
10. La conversión eclesial de John Henry Newman

## Introducción

En medio de las miles de experiencias de encuentro con Dios, que se han sucedido a lo largo de la historia del Cristianismo; entre tantos momentos que guardan silenciosamente en su interior muchos cristianos anónimos, sobresalen algunos relatos. Sencillamente porque la historia ha puesto en primer plano a sus protagonistas. Estos hombres y mujeres han hecho famosos sus testimonios porque Dios se les aproximó. Por pura gracia, y en favor nuestro. Algunos son santos públicamente reconocidos como tales; otros han experimentado y comunicado lo importante de este misterio: que solo Él es Santo y nos inunda con su santidad, con su fuerza de amor. Es Dios mismo el que se nos hace presente, nos transfigura y nos prepara para la misión de transformar nuestra tierra y conducirla al Reino. En todos estos relatos hay un hilo conductor: la acción del Espíritu que abre, revela, conduce, ilumina, muestra, rompe, y reconstruye. En cada una de las narraciones nos reconocemos todos. En todas y cada una, resuena nuestra propia historia y el relato que cada uno de nosotros podríamos escribir o contar.

### 1. CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN. Año 386

Agustín de Hipona: uno de los grandes de nuestra historia. Una biografía apasionante de un buscador incansable, una figura intelectual de primera categoría, y a la vez un amante del amor, de la interioridad y de la verdad. Una de las mejores plumas que ha tenido la Iglesia: todavía leerle es una delicia para la mente y el corazón. Su encuentro con Dios fue toda una aventura, un proceso tormentoso, en el que la madre Mónica o el obispo Ambrosio, cumplen un papel fundamental. Y en la memoria cristiana está para siempre esta conmovedora escena del jardín, donde el Señor le sedujo definitivamente.

Me retenían unas bagatelas de bagatelas, y vanidades de vanidades, antiguas amigas mías; y me tiraban del vestido de la carne, y me decían por lo bajo: «¿Nos dejas?» Y «¿desde este momento no estaremos contigo por siempre jamás?» Y «¿desde este momento nunca más te será lícito esto y aquello?»(...) Hacían, sin embargo, que yo, vacilante, tardase en romper y desentenderme de ellas y saltar

adonde era llamado, en tanto que la costumbre violenta me decía: «¿Qué?, ¿piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?» (...). Tal era la contienda que había en mi corazón, de mí mismo contra mí mismo. Mas Alipio, fijo a mi lado, aguardaba en silencio el desenlace de mi inusitada emoción. Mas apenas una alta consideración sacó del profundo de su secreto y amontonó toda mi miseria a la vista de mi corazón, estalló en mi alma una tormenta enorme, que encerraba en sí copiosa lluvia de lágrimas. Y para descargarla toda con sus truenos correspondientes, me levanté de junto a Alipio - pues me pareció que para llorar era más a propósito la soledad- y me retiré lo más remotamente que pude, para que su presencia no me fuese estorbo. Tal era el estado en que me hallaba, del cual se dio él cuenta, pues no sé qué fue lo que dije al levantarme, que ya el tono de mi voz parecía cargado de lágrimas.

Él se quedó en el lugar en que estábamos sentados, sumamente estupefacto; mas yo, tirándome debajo de una higuera, no sé cómo, solté la rienda a las lágrimas, brotando dos ríos de mis ojos, sacrificio tuyo aceptable. Y aunque no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido, te dije muchas cosas como éstas: ¡Y tú, Señor, hasta cuándo! ¿Hasta cuándo, Señor, has de estar irritado? No quieras más acordarte de nuestras iniquidades antiguas. Me sentía aún cautivo de ellas y lanzaba voces lastimeras: «¿Hasta cuándo, hasta cuándo, ¡mañana! ¡mañana!? ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas en esta misma hora?»

Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contrición de mi corazón. **Mas he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: «Toma y lee, toma y lee».** De repente, cambiando de semblante, me puse con toda la atención a considerar si por ventura había alguna especie de juego en que los niños soliesen cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante; y así, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, **me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el códice y leyese el primer capítulo que hallase.**

Porque había oído decir de Antonio que, advertido por una lectura del Evangelio, a la cual había llegado por casualidad, y tomando como dicho para sí lo que se leía: "Vete, vende todas las cosas que tienes, dadas a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y después ven y sígueme", se había al punto convertido a ti con tal oráculo. Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado **el códice del Apóstol al levantarme de allí. Le tomé, pues; le abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, y decía: "Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujuria ni desenfreno, nada de riñas ni pendencias. Vestíos del Señor Jesucristo y que el cuidado de vuestro cuerpo no fomente los malos deseos".** (Rm 13,13). No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas.

Entonces, puesto el dedo o no sé qué cosa de registro, cerré el códice, y con rostro ya tranquilo se lo indiqué a Alipio, quien a su vez me indicó lo que pasaba por él, y que yo ignoraba. Pidió ver lo que yo había leído; se lo mostré, y puso atención en lo que seguía a aquello que yo había leído y yo no conocía. Seguía así: **"Acoged al débil en la fe"** (Rm 14,1), **lo cual se aplicó él a sí mismo y me lo comunicó.** Y fortificado con tal admonición y sin ninguna turbulenta vacilación, se abrazó con aquella determinación y santo propósito, tan conforme con sus costumbres, en las que ya de antiguo distaba ventajosamente tanto de mí.

Después entramos a ver a mi madre, indicándoselo, y se llenó de gozo; le contamos el modo cómo había sucedido, y saltaba de alegría y cantaba victoria, por lo cual te bendecía a ti, que eres poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos, porque veía que le habías concedido, respecto de mí, mucho más de lo que constantemente te pedía con gemidos lastimeros y llorosos.

Porque de tal modo **me convertiste a ti** que ya no apetecía esposa ni abrigaba esperanza alguna de este mundo, estando ya en aquella regla de fe sobre la que hacía tantos años me habías mostrado a ella. Y así convertiste su llanto en gozo, mucho más fecundo de lo que ella había apetecido y mucho más caro y casto que el que podía esperar de los nietos que le diera mi carne.

(Confesiones. Libro VIII, cap. 12)

## 2. SAN IGNACIO DE LOYOLA. LA ILUMINACIÓN DEL CARDONER. 1522

Íñigo de Óñez y Loyola, que adoptó después el nombre de Ignacio (Azpeitia, 1491-Roma, 1556). Fundador de la Compañía de Jesús. Nacido en el seno de una familia de la nobleza vasca, se crió en casa del contador de los Reyes Católicos, donde conoció a Antonio Manrique, virrey de Navarra, junto a quien desarrolló su carrera militar. Herido en una pierna durante el asedio de los franceses a Pamplona (1521), Ignacio de Loyola se dedicó durante la convalecencia a leer textos religiosos, a pesar de que hasta entonces había mostrado muy poca inclinación por la fe. Comienza entonces una peregrinación espiritual, que se expresa incluso en un caminar: peregrinó al monasterio de Montserrat para confesarse, tomó el hábito de penitente y se recluyó en una cueva cerca de Manresa, donde inició la redacción de su obra más famosa, los Ejercicios espirituales. El tiempo de Manresa, es el momento cumbre de su transformación, especialmente la "iluminación" junto al río Cardoner. Así lo cuenta muchos años después en Roma, al jesuita que le sirve de amanuense para escribir sus memorias, la "autobiografía" del peregrino:

En este tiempo **le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole**; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad: y algo desto se puede ver por los cinco puntos siguientes.

28. Primero. Tenía mucha devoción a la Santísima Trinidad, y así hacía cada día oración a las tres personas distintamente. Y haciendo también a la santísima Trinidad, le venía un pensamiento, que cómo hacía 4 oraciones a la Trinidad? mas este pensamiento, le daba poco o ningún trabajo, como cosa de poca importancia. Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que vía la santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en una procesión, que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dejar de hablar sino en la santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la santísima Trinidad.

29. 2º. Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que della hacía Dios lumbre. **Mas estas cosas ni las sabía explicar, ni se acordaba del todo bien de aquellas noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma.** 3º. En la misma Manresa, a donde estuvo cuasi un año, después que empezó a ser consolado de Dios y vió el fruto que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos. Así que, estando en este pueblo en la iglesia del dicho monasterio oyendo misa un día, y alzándose el corpus Domini, vió con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vió con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesu Cristo nuestro

Señor. 4º. Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. Esto vió en Manresa muchas veces: si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Hierusalem, y otra vez caminando junto a Padua. A nuestra Señora también ha visto en símil forma, sin distinguir las partes. Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces, y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto.

30. **Una vez iba** por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama sant Pablo, **y el camino va junto al río;** y yendo así en sus devociones, **se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron abrir los ojos** del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con **una ilustración tan grande,** que **le parecían todas las cosas nuevas.** Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que **recibió una grande claridad** en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola. Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese **otro hombre** y tuviese **otro intelecto,** que tenía antes. **(Autobiografía 27-30).**

### 3. "EL MEMORIAL" (BLAISE PASCAL) 23 de Noviembre de 1654

Después de la muerte del matemático y científico francés Blas Pascal, encontraron en una prenda suya de vestir un fragmento de papel meticulosamente escrito que sin duda tenía para él una importancia extraordinaria, ya que lo había llevado siempre consigo. Este Memorial -así es como se le ha llamado- contiene la experiencia de un día muy concreto y de una hora totalmente exacta de la vida de Pascal. El texto es el siguiente:

**«Año de gracia de 1654, lunes, 23 de noviembre,** día de San Clemente, papa y mártir, y de otros santos del martirologio, vigilia de San Crisógono mártir, y de otros; desde **alrededor de las diez y media de la noche hasta aproximadamente las doce y media de la noche.**

#### FUEGO

**Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob,**  
no el dios de los sabios y filósofos.

**Seguridad plena, seguridad plena. Sentimiento. Alegría, Paz..**

**Dios de Jesucristo,** Dios de Jesucristo

Deum meum et Deum vestrum.

Tu Dios será mi Dios.

Olvido del mundo y de todas las cosas, excepto de Dios.

**Sólo se encuentra en los caminos que nos muestra el Evangelio.**

Grandeza del alma humana.

Padre santo a quien el mundo no ha conocido, pero yo sí que te he conocido.

**Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría.**

Dereliquerunt me fontes aquae vivae. Dios mío, ¿me abandonarás?

**Que no me aparte de El jamás.**

**Esta es la vida eterna,  
que te conozcan a ti, verdadero y único Dios  
y al que enviaste, Jesucristo. Jesucristo.**

Yo me he separado de El; he huido de El; le he negado y crucificado.  
Que no me aparte de El jamás.

El está únicamente en los caminos que se nos enseñan en el Evangelio:  
renuncia total, y dulce.

**Sumisión plena a Jesús y a mi director espiritual.**

Una alegría eterna en comparación de un día de sufrimiento en la tierra.  
"Non obliviscar sermones tuos". Amen.» (Salmo 118, 176)

#### **4. "EL HECHO EXTRAORDINARIO". Manuel García Morente. 29 Abril 1937**

La conversión de Manuel García Morente, catedrático de Ética en la Universidad de Madrid, y en 1936, decano de la Facultad de Filosofía, se convirtió en el siglo XX, en uno de los acontecimientos más relevantes del mundo intelectual y religioso de nuestro país. Disponemos de un documento excepcional, por tratarse de la narración en primera persona del camino que recorrió hasta encontrarse con Dios. El mismo redactó en septiembre de 1940 un extenso relato de su conversión en la soledad de unos días de oración. El manuscrito -"sesenta densas cuartillas"- lo conserva una de sus hijas, María Josefa, que lo encontró entre sus papeles después de su muerte. El único interés que le movía a redactarlo era darlo a conocer a su director espiritual en el Seminario de Madrid, D. José María García de Lahiguera. La intención de Morente era abrir su alma a quien le conocía y le podía orientar, venciendo su vergüenza y pudor, para contar lo acontecido aquella noche del 29 al 30 de abril de 1937. Anteriormente a nadie había hablado de su conversión con tanto detalle, pero sobre todo, de lo que sucedió a continuación de su conversión, que él mismo califica de "hecho extraordinario". Le confía el deseo de conocer su opinión y su consejo "y no volver ni a aludir a esto ni siquiera ni aún con usted mismo". Ni García Morente, ni su director espiritual, mientras éste vivió, jamás enseñaron o hablaron de este documento, que no fue hecho público hasta después de su muerte. "Yo preferí el silencio", comentó el mismo García de Lahiguera. "Él lo aceptó humildemente, pues ni indirectamente curioseó en mi opinión. ¡Esto es sacrificio de la curiosidad y verdadera humildad! ¡Murió, pues, sin saber mi juicio sobre el hecho más grande de su vida!". El "hecho extraordinario" sucede en París, en donde está García Morente, exiliado, tras el asesinato político de un familiar. Este es un trozo del relato:

Estaban radiando música francesa: final de un sinfonía, de Cesar Frank; luego, al piano, la *Pavanne pour une infante défunte*, de Ravel; luego, en orquesta, un trozo de Berlioz intitulado *L'enfance de Jesus...* Cuando terminó, cerré la radio para no perturbar el estado de deliciosa paz en que esa música me había sumergido y por mi mente comenzaron a desfilar, sin que yo pudiera oponerles resistencia, imágenes de la niñez de Nuestro Señor Jesucristo. Vile en la imaginación caminando de la mano de la Santísima Virgen, o sentado en un banquillo y mirando con grandes ojos atónitos a San José y a María (...) Y así poco a poco se fue agrandando en mi alma la visión de Cristo hombre clavado en la cruz en una eminencia dominando un paisaje de inmensidad, una infinita llanura pululante de hombres, mujeres y niños sobre los cuales se extendían los brazos de Nuestro Señor crucificado. Y los brazos de Cristo crecían, crecían y parecían abrazar a toda aquella humanidad doliente y cubrirla con la inmensidad de su amor. Y la cruz subía, subía hasta el cielo y llenaba el ámbito todo y tras ella también subían muchos... Subían todos, ninguno se quedaba atrás, solo yo, clavado en el suelo veía desaparecer en lo alto a Cristo rodeado por el enjambre inacabable de los que subieron con él...

No me cabe la menor duda que esta especie de visión no fue sino producto de la fantasía excitada por la dulce y penetrante música de Berlioz, pero tuvo un efecto fulminante en mi alma: **ese es Dios, ese es el verdadero Dios, Dios vivo**, esa es la Providencia viva, me dije a mí mismo. Ese es el Dios que entiende a los hombres, que vive con los hombres, que sufre con ellos, que los consuela, que les da aliento y les trae la salvación. Si Dios no hubiera venido al mundo, si Dios no se hubiera hecho carne en el mundo, el hombre no tendría salvación, porque entre Dios y el hombre habría siempre una distancia infinita que jamás podría el hombre franquear... Pero la distancia entre mi pobre humanidad y el Dios teórico de la filosofía me había resultado infranqueable, demasiado lejos, demasiado ajeno, demasiado abstracto, demasiado geométrico e inhumano. Pero Cristo, pero Dios hecho hombre, Cristo sufriendo como yo, más que yo, muchísimo más que yo, **a ese sí que lo entiendo y ese sí que me entiende**. A ese sí que puedo **entregarle filialmente mi voluntad entera** tras de la vida. A ese sí que **puedo pedirle**, porque sé de cierto que sabe lo que es pedir y sé de cierto que da y dará siempre, puesto que se ha dado entero a nosotros los hombres. ¡ A rezar, a rezar! Y puesto de rodillas empecé a balbucir el Padrenuestro y ¡horror! Don José María, ¡se me había olvidado!

Permanecí de rodillas un gran rato ofreciéndome mentalmente a nuestro Señor Jesucristo con las palabras que se me ocurrían buenamente. Recordé mi niñez, recordé a mi madre a quien perdí cuando yo contaba nueve años de edad, me representé claramente su cara, el regazo en el que me recostaba estando de rodillas para rezar con ella. Lentamente, con paciencia fui recordando trozos del Padrenuestro, algunos se me ocurrieron en francés, pero al traducirlos restituí fielmente el texto español. Al cabo de una hora de esfuerzo logré restablecer íntegro el texto sagrado, y lo escribí en un libro de notas. También pude restablecer el Avemaría. Pero de aquí no pude pasar. El Credo se me resistió por completo, así como la Salve y el Señor mío Jesucristo. Tuve que contentarme con el Padrenuestro que leía en mi papel, no atreviéndome a fiar en un recuerdo tan difícilmente restaurado y el Avemaría que repetí innumerables veces hasta que las dos oraciones se me quedaron ya perfectamente grabadas en la memoria. Una inmensa paz se había adueñado de mi alma...

En le relojito de pared sonaron las doce de la noche. La noche estaba serena y muy clara. En mi alma reinaba una paz extraordinaria. Aquí hay un hueco en mis recuerdos tan minuciosos. Debí quedarme dormido. Mi memoria recoge el hilo de los sucesos en el momento en que me despertaba bajo la impresión de un sobresalto inexplicable. No puedo decir exactamente lo que sentía: miedo, angustia, aprensión, turbación, presentimiento de algo inmenso, formidable, inenarrable, que iba a suceder ya mismo, en ese mismo momento, sin tardar. Me puse de pie todo tembloroso y abrí de par en par la ventana. Una bocanada de aire fresco me azotó el rostro. **Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba Él. Yo no lo veía, no lo oía, yo no lo tocaba, pero Él estaba allí.**

En la habitación no había más luz que la de una lámpara eléctrica de esas diminutas, de una o dos bujías, en un rincón. **Yo no veía nada, no oía nada, no tocaba nada, no tenía la menor sensación, pero Él estaba allí.** Yo permanecía inmóvil, agarrotado por la emoción. Y le percibía. Percibía su presencia con la misma claridad con que percibo el papel en que estoy escribiendo, y las letras, negro sobre blanco, que estoy trazando, pero no tenía ninguna sensación ni en la vista ni en el oído, ni en el tacto, ni en el olfato, ni en el gusto. Sin embargo, **le percibía allí presente con entera claridad, y no podía caberme la menor duda de que era Él, puesto que le percibía aunque sin sensación.** ¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé, pero sé que Él estaba allí presente y que yo, sin ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar nada, le percibía con absoluta e indiscutible evidencia. Si se me demuestra que no era Él o que yo deliraba, podré no tener nada que contestar a la demostración, pero tan

pronto como en memoria se actualice el recuerdo, surgirá en mí la convicción inquebrantable de que era Él, porque lo he percibido.

No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil y como hipnotizado ante su presencia. Sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello - Él allí - durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo, que nada es comparable al deleite sobrehumano que yo sentía. Era como una suspensión de todo lo que en el cuerpo pesa. ¿Cuándo terminó la estancia de Él allí? Tampoco lo sé. Terminó. En un instante desapareció. Una milésima de segundo antes, estaba Él allí, y yo le percibía, y me sentía inundado de ese gozo sobrehumano que he dicho. Una milésima de segundo después, ya Él no estaba allí. Ya no había nadie en la habitación, ya estaba yo pesadamente gravitando sobre el suelo y sentía mis miembros y mi fuerza sosteniéndose por el esfuerzo natural de los músculos.

## 5. SAN FRANCISCO DE ASÍS Y EL CRISTO CRUCIFICADO DE SAN DAMIÁN. Otoño de 1205

Todos los biógrafos coinciden en calificar de éxtasis o visión la experiencia de San Damián. Santa Clara escribe que fue una "*visita del Señor*", que lo llenó de consuelo y le dió el impulso decisivo para abandonar definitivamente el mundo. A esta visión parece referirse San Buenaventura, cuando refiere que el santo, tras el encuentro con el leproso, estando en oración en un lugar solitario, tras muchos gemidos e insistentes e inefables súplicas, mereció ser escuchado y se le manifestó el Señor en la cruz. Y se conmovió tanto al verlo, y de tal modo le quedó grabada en el corazón la pasión de Cristo, que, desde entonces, a duras penas podía contener las lágrimas y los gemidos al recordarla, según confió él mismo, antes de morir. Y entendió que eran para él aquellas palabras del Evangelio: "*Si quieres venir en pos de mí, niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme*" (Mt 16, 24). Tomás de Celano y los *Tres Compañeros* sitúan esta experiencia en San Damián. Según ellos, cuando el Señor le habló desde el crucifijo, Francisco experimentó un cambio interior que ni él mismo acertaba a describir. El corazón se le quedó tan llagado y derretido de amor por el recuerdo de la pasión, que desde entonces llevó grabadas en su interior las llagas de Cristo, mucho antes de que se le manifestaran en la carne. Por eso, añade San Buenaventura, "*ponía sumo cuidado en mortificar la carne, para que la cruz de Cristo que llevaba impresa dentro de su corazón rodease también su cuerpo por fuera. Todo eso lo practicaba ya cuando aún no se había apartado del mundo, ni en el vestir ni en la manera de vivir*".

***Este es el relato de Celano, su primer biógrafo (Celano. Vida segunda de San Francisco de Asís (La imagen del crucifijo que le habló y el honor en que la tuvo)***

10. "Ya cambiado perfectamente en su corazón, a punto de cambiar también en su cuerpo, anda un día cerca de la iglesia de San Damián, que estaba casi derruida y abandonada de todos. Entra en ella, guiándole el Espíritu, a orar, se postra suplicante y devoto ante el crucifijo (8), y, visitado con toques no acostumbrados en el alma, se reconoce luego distinto de cuando había entrado. Y en este trance, la imagen de Cristo crucificado -cosa nunca oída-, desplegando los labios, habla desde el cuadro a Francisco. Llamándolo por su nombre: **«Francisco -le dice-, vete, repara mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo»**. Presa de temblor, Francisco se pasma y como que pierde el sentido por lo que ha oído. Se apronta a obedecer, se reconcentra todo él en la orden recibida.

Pero... nos es mejor callar, pues experimentó tan inefable cambio, que ni él mismo ha acertado a describirlo. Desde entonces se le clava en el alma santa la compasión por el Crucificado, y, como puede creerse piadosamente, se le imprimen profundamente en el corazón, bien que no todavía en la carne, las venerandas llagas de la pasión.

11. ¡Cosa admirable e inaudita en nuestros tiempos! ¿Cómo no asombrarse ante esto? ¿Quién ha pensado algo semejante? ¿Quién duda de que Francisco, al volver a la ciudad, apareciera crucificado, si aun antes de haber abandonado del todo el mundo en lo exterior, Cristo le habla desde el leño de la cruz con milagro nuevo, nunca oído? Desde aquella hora desfalleció su alma al oír hablar al Amado (cf. Ct 5,4). Poco más tarde, el amor del corazón se puso de manifiesto en las llagas del cuerpo.

Por eso, no puede contener en adelante el llanto; gime lastimeramente la pasión de Cristo, que casi siempre tiene ante los ojos. Al recuerdo de las llagas de Cristo, llena de lamentos los caminos, no admite consuelo. Se encuentra con un amigo íntimo, que, al conocer la causa del dolor de Francisco, luego rompe a llorar también él amargamente.

Pero no descuida por olvido la santa imagen misma, ni deja, negligente, de cumplir el mandato recibido de ella. Da, desde luego, a cierto sacerdote una suma de dinero con que comprar lámpara y aceite para que ni por un instante falte a la imagen sagrada el honor merecido de la luz. Después, ni corto ni perezoso, se apresura a poner en práctica lo demás, trabajando incansable en reparar la iglesia. Pues, aunque el habla divina se había referido a la Iglesia que había adquirido Cristo con su sangre, Francisco, que había de pasar poco a poco de la carne al espíritu, no quiso verse de golpe encumbrado”.

## 6. TERESA DE JESÚS ANTE EL ROSTRO DE CRISTO. Cuaresma de 1554

El **capítulo nueve de la autobiografía** (libro de su **Vida**), es clave para la recta comprensión del camino espiritual de Santa Teresa. Ella nos habla de un viraje de su existencia. Era algo que siempre había anhelado, pero a pesar de extenuantes esfuerzos no terminaba de alcanzar. Allí, ante una imagen de Cristo, que manifestaba con gran plasticidad los dolores de su Pasión, se sintió hondamente conmovida. Algo dentro de ella comenzó a desplomarse, mientras sentía surgir de lo más profundo de sí una total renovación o, mejor aún, recreación de su ser. Este suceso nos obliga a analizar - aunque sólo sea brevemente - la historia teresiana para esclarecer mejor la novedad que ahora comienza a despuntar. Santa Teresa sufrió a lo largo de su existencia dos conversiones fundamentales. La primera tuvo lugar cuando optó por la vocación religiosa. Como es sabido, su despertar a la conciencia se identifica con una marcada tendencia a lo sagrado, a lo eterno, al martirio y a la vida en el claustro. Estos sentimientos se adormecen con la llegada de la pubertad y el descubrimiento del amor humano, aunque, como ella asegura convincente, nunca se extinguió en su corazón el respeto y el temor reverente a Dios. Con su decisión de encerrarse en el convento recuperó los bellos sentimientos de su infancia - tan añorados y ensalzados siempre - y tornó "a la verdad de cuando niña". La vuelta a la naturaleza pura de los días encantados de su niñez la realizó en agradecimiento a Jesucristo que tanto había sufrido por ella.

Después de intensas vivencias religiosas, su ascenso espiritual se vio bloqueado por causa de la afectividad que no lograba compaginar con los imperativos cada vez más rígidos y exigentes de su conciencia. No se trataba de desviaciones graves; su no correspondencia plena y total a la voz de Dios era el problema que la aquejaba. El daño mayor le vino de la intimidad con alguien, cuya identidad ignoramos. Apenas de haber comenzado a saborear el gozo de la amistad, se hizo presente Jesucristo. **"Representóseme Cristo - dice con temblor - delante con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello le pensaba. Vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido que ha esto más de veinte y seis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no quería ver más a con quien estaba" (V 6,6).** Así comenzó a sufrir una penosa división interior: "Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo" (V 8,2).



Aunque trató de engañarse, pensando que la visión del rostro de Jesús había sido una alucinación, no lograba apagar aquella mirada ultrajada que reclamaba su amor. Cristo entraba en lo íntimo de la afectividad de Teresa cuya crisis, aunque no era solamente afectiva, se acusaba principalmente por aquí. Esta es la razón por la que en el momento de su conversión definitiva, se verá obligada a escribir: "Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación ni amor particular sino a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir" (V 24, 8).

En esta situación lacerante estaba cuando un día al ver aquella imagen de Cristo, se sintió hondamente lastimada. El rostro y el cuerpo del Señor desfigurados por los azotes y los escarnios demostraban bien a las claras el precio del amor y la tragedia de la gracia. **"Toda me turbó de verle tal; ... fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas que el corazón me parece se me partía" (V 9,1)**. La mirada suplicante del Señor acababa de cambiar el alma de Santa Teresa. Poco después, apenas se acordaba de Cristo, cuando se experimentaba anegada en Dios. Así culminaba - en Cristo - la primera parte de su historia salutis. No hace falta añadir que en la mente de su autora la narración precedente venía encaminada hacia aquí.

Este es el texto:

### **TERESA DE JESÚS (Vida. Cap 9)**

**Trata por qué términos comenzó el Señor a despertar su alma y darla luz en tan grandes tinieblas y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle.**

1. Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba, que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas. Y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento. Y encomendábame a aquesta gloriosa Santa para que me alcanzase perdón.

3. Mas esta postrera vez de esta imagen que digo, me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces.

4. Tenía este modo de oración: que, como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor a mi parecer de las partes adonde le veía más solo. Parecíame a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada me había de admitir a mí. De estas simplicidades tenía muchas.

En especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto. Allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido, si podía. Deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor. Mas acuérdome que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con El, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años, las más noches antes que me durmiese, cuando para dormir me

encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones. Y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

5. Pues tornando a lo que decía del tormento que me daban los pensamientos, esto tiene este modo de proceder sin discurso del entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada o perdida, digo perdida la consideración. En aprovechando, aprovecha mucho, porque es en amar. Mas para llegar aquí es muy a su costa, salvo a personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas a oración de quietud, que yo conozco a algunas. Para las que van por aquí es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechábame a mí también ver campo o agua, flores. En estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban y recogían y servían de libro; y en mi ingratitud y pecados. En cosas del cielo ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero que jamás por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.

6. Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación, como hacen otras personas que pueden hacer representaciones adonde se recogen. Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre. Mas es así que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura y veía imágenes, sino como quien está ciego o a oscuras, que aunque habla con una persona y ve que está con ella porque sabe cierto que está allí (digo que entiende y cree que está allí, mas no la ve), de esta manera me acaecía a mí cuando pensaba en nuestro Señor. A esta causa era tan amiga de imágenes. ¡Desventurados de los que por su culpa pierden este bien! Bien parece que no aman al Señor, porque si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien.

7. En este tiempo me dieron las Confesiones de San Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a San Agustín, porque el monasterio adonde estuve seglar era de su Orden y también por haber sido pecador, que en los santos que después de serlo el Señor tornó a Sí hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda y que como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que a ellos sola una vez los había el Señor llamado y no tornaban a caer, y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba. Mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme, que de su misericordia jamás desconfié. De mí muchas veces.

8. ¡Oh, válgame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo y cuán atada me veía para no me determinar a darme del todo a Dios.

Como comencé a leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí misma con gran aflicción y fatiga.

¡Oh, qué sufre un alma, válgame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento. Sea Dios alabado, que me dio vida para salir de muerte tan mortal.

9. Paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas. Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con El y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque, quitadas, luego me volvía a amar a Su Majestad; que bien entendía yo, a mi parecer, le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras a Dios como lo había de entender.

No me parece acababa yo de disponerme a quererle servir, cuando Su Majestad me comenzaba a tornar a regalar. No parece sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo que yo lo quisiese recibir, que era ya en estos postreros años darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás a ello me atreví; sólo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los veía tan grandes, aun desear regalos ni gustos nunca de advertencia osaba. Harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo en consentirme delante de sí y traerme a su presencia; que veía yo, si tanto El no lo procurara, no viniera.

Sola una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa que la misma fatiga de verme tan poco humilde me dio lo que me había atrevido a pedir. Bien sabía yo era lícito pedirla, mas parecíame a mí que lo es a los que están dispuestos con haber procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender a Dios y estar dispuestos y determinados para todo bien.

Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo, creo me valieron; porque, como digo, en especial después de estas dos veces de tan gran compunción de ellas y fatiga de mi corazón, comencé más a darme a oración y a tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino como digo fueme ayudando Dios a desviarme.

Como no estaba Su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré; cosa no usada darlas el Señor, sino a los que están en más limpieza de conciencia.

## **7. "ESTA ES LA VERDAD". LA ILUMINACIÓN DE EDITH STEIN. Verano de 1921**

Juan Pablo II canonizó el 11 de octubre de 1998 a Edith Stein, desde entonces Santa Benedicta de la Cruz, y a quien se le dio el título de copatrona de Europa. Edith no nació católica, sino judía, en Breslau —entonces ciudad alemana, y hoy polaca con el nombre de Wrocław—, en 1891. Su biografía es la historia de una de las nuevas figuras femeninas que marcan en el siglo XX, y una de los mártires de la fe en medio de la barbarie nazi. Su categoría intelectual como pensadora, su entrada en el Carmelo, su significación religiosa para la Iglesia que prepara el Vaticano II, son jalones de esta gran mujer contemporánea. He aquí la nota biográfica oficial publicada por la Santa Sede, en el fragmento que relata hasta el momento de su conversión:

Cuando Edith Stein, la última de once hermanos, nació en Breslau el 12 de octubre de 1891, la familia festejaba el Yom Kippur, la mayor fiesta hebrea, el día de la expiación. "Esto hizo, más que ninguna otra cosa, que su madre tuviera una especial predilección por la hija más pequeña". Precisamente esta fecha de su nacimiento fue para la carmelita casi un vaticinio. El padre, comerciante de maderas, murió cuando Edith no había cumplido aún dos años. La madre, una mujer muy religiosa, solícita y voluntariosa, una persona verdaderamente admirable, al quedarse sola, debió hacer frente tanto al cuidado de la familia como a la gestión de la gran hacienda familiar; pero no consiguió mantener en los hijos una fe viva. Edith perdió la fe en Dios. "Con

plena conciencia y por libre elección dejé de rezar". Obtuvo brillantemente la reválida en 1911 y comenzó a estudiar germanística e historia en la Universidad de Breslau, más para tener una base de sustento en el futuro que por auténtica pasión. Su verdadero interés era la filosofía. Le interesaban también los problemas de la mujer. Entró a formar parte de la organización "Asociación Prusiana para el Derecho Femenino al Voto". Más tarde escribía: " como bachiller y joven estudiante, fui una feminista radical. Perdí después el interés por este asunto. Ahora voy en busca de soluciones puramente objetivas".

En 1913, la estudiante Edith Stein se fue a Gotinga para asistir a las clases universitarias de Edmund Husserl, de quien llegó a ser discípula y asistente, consiguiendo con él el doctorado. Por aquellos tiempos, Edmund Husserl fascinaba al público con un nuevo concepto de verdad: el mundo percibido no solamente existía de forma kantiana, como percepción subjetiva. Sus discípulos entendían su filosofía como un viraje hacia lo concreto. "Retorno al objetivismo". Sin que él lo pretendiera, la fenomenología condujo a no pocos discípulos y discípulas suyos a la fe cristiana. En Gotinga Edith Stein se encontró también con el filósofo Max Scheler y este encuentro atrajo su atención sobre el catolicismo. Pero todo esto no la hizo olvidar el estudio con el que debía ganarse el pan en el futuro y, en 1915, superó con la máxima calificación el examen de Estado. No obstante, no comenzó el periodo de formación profesional. Al estallar la primera guerra mundial escribía: "ahora ya no tengo una vida propia". Siguió un curso de enfermería y prestó servicio en un hospital militar austríaco. Fueron tiempos difíciles para ella. Atendía a los ingresados en la sección de enfermos de tifus y prestaba servicio en el quirófano, viendo morir a hombres en la flor de su juventud. Al cerrar el hospital militar en 1916, siguió a Husserl a Friburgo en Brisgovia, donde obtuvo el doctorado "summa cum laude" con una tesis "Sobre el problema de la empatía".

Por aquel tiempo le ocurrió un hecho importante: observó cómo una aldeana entraba en la Catedral de Frankfurt con la cesta de la compra, quedándose un rato para rezar. "Esto fue para mí algo completamente nuevo. En las sinagogas y en las iglesias protestantes que he frecuentado los creyentes acuden a las funciones. Aquí, sin embargo, una persona entró en la iglesia desierta, come si fuera a conversar en la intimidad. No he podido olvidar lo ocurrido". En las últimas páginas de su tesis de doctorado escribió: "ha habido personas que, tras un cambio imprevisto de su personalidad, han creído encontrar la misericordia divina". ¿Cómo llegó a esta afirmación? Edith Stein tenía gran amistad con el asistente de Husserl en Gotinga, Adolf Reinach y su esposa. Adolf Reinach muere en Flandes en noviembre de 1917. Edith va a Gotinga. Los Reinach se habían convertido al Evangelio. Edith tenía cierta renuencia ante el encuentro con la joven viuda. Con gran sorpresa encontró una creyente. "Este ha sido mi primer encuentro con la cruz y con la fuerza divina que transmite a sus portadores... Fue el momento en que se desmoronó mi irreligiosidad y brilló Cristo". Más tarde escribirá: "lo que no estaba en mis planes estaba en los planes de Dios. Arraiga en mí la convicción profunda de que -visto desde el lado de Dios- no existe la casualidad; toda mi vida, hasta los más mínimos detalles, está ya trazada en los planes de la Providencia divina y, ante los ojos absolutamente clarividentes de Dios, presenta una coherencia perfectamente ensamblada".

En otoño de 1918, Edith Stein dejó la actividad de asistente de Edmund Husserl porque deseaba trabajar independientemente. La primera vez que volvió a visitar a Husserl después de su conversión fue en 1930. Tuvo con él una discusión sobre la nueva fe de la que la hubiera gustado que participara también él. Tras ello escribió una frase sorprendente: "Después de cada encuentro que me hace sentir la imposibilidad de influenciar directamente, se agudiza en mí el impulso hacia mi propio holocausto".

Edith Stein deseaba obtener la habilitación para la libre docencia, algo que, por aquel entonces, era inalcanzable para una mujer. A este respecto, Husserl se pronunciaba así en un informe: "Si la carrera universitaria se hiciera accesible a las mujeres, la podría recomendar encarecidamente más que a cualquier otra persona para el examen de habilitación". Más tarde, sin embargo, se le negaría la habilitación a causa de su origen judío.

Edith Stein vuelve a Breslau. Escribe artículos en defensa de la psicología y de las humanidades. Pero lee también el Nuevo Testamento, Kierkegaard y el opúsculo de los Ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. Se da cuenta de que un escrito como éste no se le puede simplemente leer, sino que es necesario ponerlo en práctica.

En el verano de 1921 fue durante unas semanas a Bergzabern (Palatinado), a la finca de la Señora Hedwig Conrad-Martius, una discípula de Husserl. Esta señora, junto con su esposo, se había convertido al Evangelio. Una tarde Edith encontró en la biblioteca la autobiografía de Teresa de Ávila. La leyó durante toda la noche. **"Cuando cerré el libro, me dije: esta es la verdad"**. Considerando retrospectivamente su vida, escribía más tarde: "mi anhelo por la verdad era ya una oración".

En enero de 1922 Edith Stein se bautizó. Era el día de la Circuncisión de Jesús, la acogida de Jesús en la estirpe de Abraham. Estaba erguida ante la fuente bautismal, vestida con el blanco manto nupcial de Hedwig Conrad-Martius, que hizo de madrina. "Había dejado de practicar mi religión hebrea y me sentía nuevamente hebrea solamente tras mi retorno a Dios". Ahora tendrá siempre conciencia, y no sólo intelectualmente, sino de manera tangible, de pertenecer a la estirpe de Cristo. En la fiesta de la Candelaria, una fiesta cuyo origen se remonta también al Antiguo Testamento, fue confirmada por el Obispo de Espira en su capilla privada.

Después de su conversión, lo primero que hizo fue volver a Breslau. "Mamá, soy católica". Las dos lloraron. Hedwig Conrad-Martius escribió: "mira, dos israelitas y en ninguna de ellas hay engaño" (cf. *Jn 1, 47*).

## 8. LA CONVERSIÓN DE TATIANA GORITCHEVA. 1973

Tatiana Goritcheva nació en Leningrado en 1947. Estudió filosofía y radiotecnica. Como ella misma expone en el relato de su conversión, su juventud fue una muestra típica de lo que era capaz de producir el sistema ateo soviético, a excepción quizá de una cierta inquietud intelectual que sus estudios de filosofía le habían despertado. A los 26 años se convirtió al cristianismo. "Si alguien me pregunta -relata ella- qué significa para mí el retorno a Dios, qué es lo que esa conversión se ha hecho patente y cómo ha cambiado mi vida, puedo contestarle con toda sencillez y brevedad: lo significa todo. Todo ha cambiado en mí y a mí alrededor. Y, para decirlo con mayor precisión aún: mi vida empezó sólo después de haber encontrado a Dios". Pocos años después, en 1984, puso por escrito el relato de su conversión.

Entonces aspiraba ya a una vida "íntegra" y consecuente. Me sentía filósofa y dejé de engañarme a mí misma y a los demás. La verdad amarga, terrible y triste, estaba para mí por encima de todo lo otro. Pese a lo cual mi existencia seguía tan desgarrada y contradictoria como antes. Yo sentía un gusto permanente por el contraste y el absurdo, por los imponderables de la vida. También alentaba en mí el esteticismo. Por ejemplo un día me gustaba mucho ser una alumna "brillante" y con el orgullo de la facultad de filosofía trataba con intelectuales sutiles, asistía a conferencias y coloquios científicos, hacia observaciones irónicas y sólo me daba por satisfecha con lo mejor en el aspecto intelectual. Por la tarde y por la noche, en cambio, me mantenía en compañía de marginados y de gentes de los estratos más bajos, ladrones, alienados y drogadictos. Esa atmósfera sucia me encantaba. Nos emborrachábamos en bodegas y

buhardillas. A veces alquilábamos una vivienda simplemente para pasar el rato, tomar una taza de café y después desaparecer.

Sólo un hombre intentó una vez ponerme una contención. Debo calificarle con todo merecimiento como mi primer maestro. Fue nuestro profesor Boris Míchailowitsch Paramonov; era docente eventual en la facultad de filosofía y no pudo permanecer mucho tiempo. Ahora ha emigrado y vive en América. Una vez me dijo:

- Tania, ¿por qué intenta usted destruirlo todo? ¿No comprende que ese placer destructivo ha sido desde siempre la miseria del pensamiento ruso? Vea usted que vivimos en un mundo en el que el nihilismo ya ha triunfado por completo. No tiene más que acudir al mercado soviético y sólo hallará mostradores vacíos. No hay nada de lo que debería haber en un mercado. En lugar de eso sólo se ve por doquier letreros en rojo que dicen "¡Adelante hacia la victoria del comunismo!", "Un paso adelante y dos para atrás. Lenin", etc. Ahí tiene usted su absurdo tan acariciado. Es algo que ya está creado por los bolcheviques. Por completo. ¿Qué es lo que usted desea agregar todavía?

Esas palabras me produjeron entonces una impresión profunda. Pero ni Paramonov ni yo sabíamos por entonces como se podía salir de ese círculo infernal y crear vida en lugar de destruirla.

Tampoco hallé una salida con mi entusiasmo por las filosofías orientales y por el yoga al que me dediqué después de las horas de estudio. El yoga me permitió sólo el acceso al mundo de lo absoluto, haciendo que mi ojo espiritual percibiese una nueva dimensión vertical de la existencia y destruyendo mi orgullo intelectual. Pero el yoga no pudo librarme de mí misma. Tenía un cierto carácter científico que a nosotros nos atraía en gran manera: con la ayuda de ejercicios y mediante el conocimiento de determinadas "fuerzas astrales y mentales" se podía apuntar de lleno y de un modo consciente al superhombre.

Pero ¿por qué y para qué? A esta pregunta respondía cada uno como más le venía en gana. Yo quería, naturalmente, convertirme en un dios. Yo quería ser la más inteligente y la más fuerte. Deseaba fundirme con el absoluto y sumergirme en la felicidad eterna. Ahora tenía que luchar contra ciertos sentimientos negativos como el odio y la irritabilidad, porque sabía muy bien que "consumen energía" y me arrojan a un plano más bajo de la existencia. Mas el vacío, que desde largo tiempo atrás venía siendo mi sino y me rodeaba de continuo, no estaba aún superado. Al contrario, se hacía cada vez mayor, se convertía en algo místico y amenazador que me angustiaba hasta la locura.

Me invadió entonces una melancolía sin límites. Me atormentaban angustias incomprensibles y frías, de las que no lograba desembarazarme. A mis ojos me estaba volviendo loca. Ya ni siquiera tenía ganas de seguir viviendo.

¿Cuántos de mis amigos de entonces han caído víctimas de ese vacío horroroso y se han suicidado? Otros se han convertido en alcohólicos; algunos están en instituciones para enajenados... Todo parecía indicar que no teníamos esperanza alguna en la vida.

### **Mi segundo nacimiento**

Pero el viento, que es el Espíritu Santo, sopla donde quiere. Cansada y desilusionada realizaba mis ejercicios de yoga y repetía los *mantras*. Hasta ese instante yo nunca había pronunciado una oración, y no conocía realmente oración alguna. Pero **el libro de yoga proponía como ejercicio una plegaria cristiana, en concreto la oración del Padrenuestro**. ¡Justamente la oración que nuestro Señor había recitado

personalmente! Empecé a repetirla mentalmente como un *mantra*, de un modo inexpresivo y automático. La dije unas seis veces; entonces de repente **me sentí trastornada por completo**. Comprendí -no con mi inteligencia ridícula, sino con todo mi ser- que Él existe. ¡Él, el Dios vivo y personal, que me ama a mí y a todas las criaturas, que ha creado el mundo, que se hizo hombre por amor, el Dios crucificado y resucitado!

En aquel instante comprendí y capté el "misterio" del cristianismo, la vida nueva y verdadera. **En aquel momento todo cambió en mí**. El hombre viejo había muerto. No sólo deje mis valoraciones e ideales anteriores, sino también a las viejas costumbres.

Finalmente también **mi corazón se abrió**. Empecé a querer a las personas. Inmediatamente después de mi conversión todas las gentes se me presentaron sin más como admirables habitantes del cielo y estaba impaciente por hacer el bien y servir a Dios y a los hombres.

¡Qué alegría y qué luz esplendorosa brotó entonces en mi corazón! El mundo se transformó para mí en el manto regio y pontifical del Señor. ¿Cómo no lo había percibido hasta entonces?

Así empezó de nuevo mi vida. Mi redención era algo perfectamente concreto y real; había llegado de modo repentino, aunque la había anhelado desde mucho tiempo atrás, y sólo el Espíritu Santo pudo realizarla en mí, porque sólo Él puede crear una "nueva criatura" y puede reconciliarla con el Eterno. Sólo por Él y su gracia puede solucionarse el conflicto central de la personalidad humana, el conflicto entre libertad y obediencia".

## 9. "BAJO LA MANO DE DIOS". PAUL CLAUDEL 25 de Diciembre de 1896

Igual que en España ocurrió con García Morente, la conversión del literato Claudel, impactó en el mundo cultural y en la sociedad francesa. "**El hombre se forma interiormente con el ejercicio, y se forja respecto a lo exterior mediante choques**" (Art poétique). Estas palabras de Paul Claudel definen admirablemente lo que fue la esencia de la vida de este gran poeta y dramaturgo francés. En ellas está fijada su trayectoria vital en toda su síntesis y profundidad. Son palabras de uno de los grandes poetas de este siglo, son pues póstico y también desarrollo de algo intensamente vivido.

Diplomático brillante Claudel luchó durante su existencia en la búsqueda de su verdadera vida, pero también fue la misma vida la que le golpeó encaminándole por sendas y cimas que jamás hubiera alcanzado por su propio pie. Nació en 1868. Licenciado en Derecho y en Ciencias Políticas, después empezó la carrera diplomática, representando a su país brillantemente por todo el mundo. Poderosa influencia de un adverso ambiente familiar. Hijo de un funcionario y de una campesina, fue el más pequeño de una familia compuesta por dos hermanas más. El ambiente en que se desarrolla su vida le marcará con fuerza en su infancia y adolescencia. Siempre recordará sus primeros años con cierta amargura: un ambiente familiar muy frío le lleva a replegarse sobre sí mismo y, como consecuencia, a iniciarse en la creación poética. Paul Claudel se hace en la soledad; ésta le marcará para toda su vida. El más allá es la nada También incidirá con fuerza en su espíritu el ambiente de Francia en su época: profundamente impregnado por la exaltación del materialismo y por la fe en la ciencia. Las lecturas de Renan, Zola... y especialmente su paso por el liceo Louis-le-Grand y la visión de la muerte de su abuelo, crean en él un estado de

angustia en el que la única certeza es la de la nada en el más allá. Allí se hunde en el pesimismo y la rebeldía. Hasta que descubre la grandeza de lo sobrenatural. En medio de ese aire enrarecido y de esa ausencia de horizontes, el joven Claudel se ahoga, y su inquietud hace que no se resigne a morir interiormente. Busca aire desesperadamente: le llegan bocanadas en la música de Beethoven, y de Wagner, en la poesía de Esquilo, Shakespeare, Baudelaire; y, de repente, la luz de Arthur Rimbaud: "Siempre recordaré esa mañana de junio de 1886 en que compré el cuaderno de La Vogue que contenía el principio de Las iluminaciones. Fue realmente una iluminación para mí. Finalmente salía de ese mundo horrible de Taine, de Renan y de los demás Moloch del siglo XIX, de esa cárcel, de esa espantosa mecánica totalmente gobernada por leyes perfectamente inflexibles y, para colmo de horrores, conocibles y enseñables. (Los autómatas me han producido siempre una especie de horror histórico). ¡Se me revelaba lo sobrenatural!" (J. Rivière et P. Claudel: Correspondance (1907-1914). 142).

No era sencillo, sin embargo. Fue el encuentro con un espíritu hermano del suyo, pero que le abría inmensas perspectivas a su vida más profunda y personal que hasta ese momento desconocía. Pero su habitual estado de ahogo y desesperación continuó siendo el mismo. La Navidad de 1886. Y ese mismo año, el acontecimiento clave en su vida: es la Navidad de 1886. Él mismo narrará, veintisiete años después, lo sucedido: **"Así era el desgraciado muchacho que el 25 de diciembre de 1886, fue a Notre-Dame de París para asistir a los oficios de Navidad.** Entonces empezaba a escribir y me parecía que en las ceremonias católicas, consideradas con un diletantismo superior, encontraría un estimulante apropiado y la materia para algunos ejercicios decadentes. Con esta disposición de ánimo, apretujado y empujado por la muchedumbre, asistía, con un placer mediocre, a la Misa mayor. Después, como no tenía otra cosa que hacer, volví a las Vísperas. Los niños del coro vestidos de blanco y los alumnos del pequeño seminario de Saint-Nicholas-du-Cardonet que les acompañaban, estaban cantando lo que después supe que era el Magnificat. Yo estaba de pie entre la muchedumbre, cerca del segundo pilar a la entrada del coro, a la derecha del lado de la sacristía. **"En un instante mi corazón fue tocado y creí"** Entonces fue cuando se produjo el acontecimiento que ha dominado toda mi vida. En un instante mi corazón fue tocado y creí. Creí, con tal fuerza de adhesión, con tal agitación de todo mi ser, con una convicción tan fuerte, con tal certidumbre que no dejaba lugar a ninguna clase de duda, que después, todos los libros, todos los razonamientos, todos los avatares de mi agitada vida, no han podido sacudir mi fe, ni, a decir verdad, tocarla. De repente tuve el sentimiento desgarrador de la inocencia, de la eterna infancia de Dios, de una verdadera revelación inefable. Al intentar, como he hecho muchas veces, reconstruir los minutos que siguieron a este instante extraordinario, encuentro los siguientes elementos que, sin embargo, formaban un único destello, una única arma, de la que la divina Providencia se servía para alcanzar y abrir finalmente el corazón de un pobre niño desesperado: "¡Qué feliz es la gente que cree! ¿Si fuera verdad? ¡Es verdad! ¡Dios existe, está ahí! ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! ¡Me ama! ¡Me llama!". Las lágrimas y los sollozos acudieron a mí y el canto tan tierno del Adeste aumentaba mi emoción. Pero sentía una aversión y resistencia visceral. ¡Dulce emoción en la que, sin embargo, se mezclaba un sentimiento de miedo y casi de horror ya que mis convicciones filosóficas permanecían intactas! Dios las había dejado desdeñosamente allí donde estaban y yo no veía que pudiera cambiarlas en nada. La religión católica seguía pareciéndome el mismo tesoro de absurdas anécdotas. Sus sacerdotes y fieles me inspiraban la misma aversión, que llegaba hasta el odio y hasta el asco. El edificio de mis opiniones y de mis conocimientos permanecía en pie y yo no le encontraba ningún defecto. Lo que había sucedido simplemente es que había salido de él. Un ser nuevo y formidable, con terribles exigencias para el joven y el artista que era yo, se había revelado, y me sentía



incapaz de ponerme de acuerdo con nada de lo que me rodeaba. La única comparación que soy capaz de encontrar, para expresar ese estado de desorden completo en que me encontraba, es la de un hombre al que de un tirón le hubieran arrancado de golpe la piel para plantarla en otro cuerpo extraño, en medio de un mundo desconocido. Lo que para mis opiniones y mis gustos era lo más repugnante, resultaba ser, sin embargo, lo verdadero, aquello a lo que de buen o mal grado tenía que acomodarme. ¡Ah! ¡Al menos no sería sin que yo tratara de oponer toda la resistencia posible! Fue muy duro de aceptar. Esta resistencia duró cuatro años. Me atrevo a decir que realicé una defensa valiente. Y la lucha fue leal y completa. Nada se omitió. Utilicé todos los medios de resistencia imaginables y tuve que abandonar, una tras otra, las armas que de nada me servían. Esta fue la gran crisis de mi existencia, esta agonía del pensamiento sobre la que Arthur Rimbaud escribió: **"El combate espiritual es tan brutal como las batallas entre los hombres. ¡Dura noche!"**. Los jóvenes que abandonan tan fácilmente la fe, no saben lo que cuesta reencontrarla y a precio de qué torturas. El pensamiento del infierno, el pensamiento también de todas las bellezas y de todos los gozos a los que tendría que renunciar -así lo pensaba- si volvía a la verdad, me retraían de todo.

La Sagrada Escritura era persuasiva. Pero, en fin, la misma noche de ese memorable día de Navidad, después de regresar a mi casa por las calles lluviosas que me parecían ahora tan extrañas, tomé una Biblia protestante que una amiga alemana había regalado en cierta ocasión a mi hermana Camille. Por primera vez escuché el acento de esa voz tan dulce y a la vez tan inflexible de la Sagrada Escritura, que ya nunca ha dejado de resonar en mi corazón. Yo sólo conocía por Renan la historia de Jesús y, fiándome de la palabra de ese impostor, ignoraba incluso que se hubiera declarado Hijo de Dios. Cada palabra, cada línea, desmentía, con una majestuosa simplicidad, las impúdicas afirmaciones del apóstata y me abrían los ojos. Cierto, lo reconocía con el Centurión, sí, Jesús era el Hijo de Dios. Era a mí, a Paul, entre todos, a quien se dirigía y prometía su amor. Pero al mismo tiempo, si yo no le seguía, no me dejaba otra alternativa que la condenación. ¡Ah!, no necesitaba que nadie me explicara qué era el Infierno, pues en él había pasado yo mi "temporada". Esas pocas horas me bastaron para enseñarme que el Infierno está allí donde no está Jesucristo. ¿Y qué me importaba el resto del mundo después de este ser nuevo y prodigioso que acababa de revelármese?" ("Ma conversion". 10-13.) El instante de 1886 había sido decisivo. Una carta de 1904 a Gabriel Frizeau demuestra que el recuerdo de ese instante de Navidad estaba ya fijado entonces: "Asistía a vísperas en Notre-Dame, y escuchando el Magnificat tuve la revelación de un Dios que me tendía los brazos". Frenado por los respetos humanos. **"Así hablaba en mí el hombre nuevo. Pero el viejo resistía con todas sus fuerzas y no quería entregarse a esta nueva vida que se abría ante él. ¿Debo confesarlo? El sentimiento que más me impedía manifestar mi convicción era el respeto humano. El pensamiento de revelar a todos mi conversión y decírselo a mis padres... manifestarme como uno de los tan ridiculizados católicos, me producía un sudor frío. Y, de momento, me sublevaba, incluso, la violencia que se me había hecho. Pero sentía sobre mí una mano firme. Acogido maternalmente. No conocía un solo sacerdote. No tenía un solo amigo católico. (...) Pero el gran libro que se me abrió y en el que hice mis estudios, fue la Iglesia. ¡Sea eternamente alabada esta Madre grande y majestuosa, en cuyo regazo lo he aprendido todo!"**. (Paul-André Lesort: Claudel visto por sí mismo).

## 10. LA CONVERSIÓN DE JOHN HENRY NEWMAN (1801-1890)

Aunque la “pascua” de Newman fue esencialmente eclesial, su proceso es muy significativo de los caminos que recorre la fe en diálogo con la historia y el pensamiento. La historia de la “acogida” de Newmann en la Iglesia católica es muy significativa y paradójica: Newman fue un gran defensor de los derechos de la conciencia, en una época en que la Iglesia católica todavía miraba con desconfianza la “libertad de conciencia”. Newman consideraba a la conciencia como el principio esencial y la confirmación de la religión en nuestro espíritu. La conciencia es la base de la religión natural y conduce hasta la idea de un Dios personal y hasta la fe cristiana. En el caso de la religión revelada, la conciencia puede extraer de la convicción moral una certeza más fuerte que la que proviene de los puros razonamientos lógicos. Todo el camino que recorre John Henry Newman, desde sus primeros escritos hasta la famosísima “Apología pro vita sua”, no es solo un testimonio admirable de un cristiano íntegro, sino una llamada para la propia Iglesia. Por ello, hay quien le ha llamado “precursor “ del Vaticano II. No hay una “fecha” que date su “conversión” porque fue un proceso lento, que culminó en su incorporación plena a la confesión católica (1845).

“En el verano de 1841 me encontraba en Littlemore tranquilo y sin preocupación alguna. Había decidido dejar de lado toda controversia y me dediqué a mi traducción de san Atanasio. Pero entre julio y noviembre recibí tres golpes que me rompieron” (A 153). El primero se refiere a su concepción de la *via media*. Newman habla de la idea de la catolicidad de Roma como si fuera un fantasma que lo persiguiera: “ya había avanzado algo en la traducción cuando el problema se me presentó de nuevo. La visión volvió por segunda vez... pero vi con toda claridad que en la historia del Arrianismo, los arrianos puros eran los protestantes; los semi-arrianos eran los anglicanos y Roma estaba ahora donde había estado entonces. La verdad no estaba en el centro, en la *Via Media*...” (A 153).

El segundo golpe lo constituye el hecho que durante tres años, después de la aparición del *Tract 90*, Newman fue cruelmente atacado y, en sus propias palabras, condenado por muchos obispos. Al mismo tiempo, comenzaban a ser numerosas las conversiones a la Iglesia católica.

El tercer golpe decisivo fue la erección de un obispado para protestantes en Jerusalén. En la decisión había muchos intereses político-religiosos y el parlamento inglés había jugado por supuesto un papel determinante. Todo esto aniquiló la fe de Newman en la iglesia anglicana. Walter Nigg busca describir, lo que ocurría en Newman: “Al solícito anglicano le pasaba lo peor que lo puede pasar a un hombre: él había perdido la fe en la idea que antes amó con pasión, y con ello se venía abajo el edificio mental de su mundo. Todo terminó con un ruidoso fracaso, el cual creó el preludio de una tragedia” (Nigg, 145-146).

Otra estación del proceso que tuvo que hacer Newman estuvo constituido por el propósito de hacer una investigación profunda sobre el desarrollo de la doctrina, en vistas a ganar claridad sobre la Catolicidad de la Iglesia. A este respecto escribe Nigg: “Cuanto más avanzaba en el tema, más desaparecía el suelo sobre sus pies, los fundamentos de la iglesia anglicana se hacía más dudosos y la Iglesia romana ganaba en contenidos de verdad. Aquello era un proceso penoso; la lucha se desarrollaba primeramente en el plano de las conclusiones intelectuales, pero luego surgían de ahí consecuencias de gran peso existencial” (Nigg, 157). Newman trabajó en ello de 1842 a 1845. Mientras tanto renunció a sus funciones de Tutor y de párroco. En 1843 pronunció su último sermón (la despedida de los amigos) en la parroquia universitaria de santa María. Había considerado vivir en adelante como laico y estudiar

arquitectura. Nunca tuvo el propósito de convertirse. Pero debido a la continuación de su trabajo sobre el desarrollo de la doctrina, el cual se publicó en 1845 con el título *Essay on the Development of Christian Doctrine* (Sobre el desarrollo de la doctrina cristiana), se convirtió la cuestión de la conversión en una cuestión de conciencia. La decisión le costó tanto, que solo pudo tomarla después de largas luchas internas, ayunos y oraciones. Nigg comenta: “la conversión de Newman llama la atención por su lentitud. El no actuó de manera precipitada ni se dejó guiar por el ambiente momentáneo... tampoco se convirtió por resentimiento contra la Iglesia anglicana, que lo había eliminado. Únicamente los estudios históricos lo orillaron, pues la lectura de los padres de la Iglesia lo había convencido que la Iglesia de Roma y no la de Inglaterra estaba en consonancia con la iglesia primitiva” (Nigg, 163). Su influjo en la Iglesia de Inglaterra, sus familiares y amigos, su edad (tenía ya 45 años): todo esto hizo que su decisión se convirtiera en un acontecimiento verdaderamente dramático. Pero según su conciencia no había otra posibilidad. “La gran, tan dramática como dolorosa historia del camino de John Henry Newman hacia la iglesia católica llegó a su fin. Entre el 8 y 9 de octubre de 1845 Newman escribió 19 cartas a sus amigos íntimos y familiares” (Biemer, 76).

El 9 de octubre, en Littlemore, pidió al padre italiano Domenico Barbieri, el cual viajaba por el momento en Inglaterra, la aceptación en la iglesia católica romana. Como había temido, la decisión exigió muchísimo de él: “la pérdida más fuerte fue la ruptura con sus amigos. Los había amado y era muy apreciado por ellos... pero sus amigos no entendieron su decisión y en adelante era para ellos como un muerto” (Nigg, 160). Incluso para él mismo, aunque decía: “desde el momento que me hice católico... mi paz y mi alegría han sido perfectas, y no he vuelto a tener una sola duda” (A 237), su decisión fue todo menos una fiesta. “La conversión de Newman se ve, considerada de cerca, indeciblemente dolorosa. No tenía nada que ver con un romántico cambio de fe, pues para ello estaba muy fuertemente atado a la realidad. Solamente el pensamiento de ofender a Dios, si no obedecía la orden interior, lo movió a la conversión” (Nigg, 160).

La conversión de Newman representa no solamente el centro de su camino vital, sino también el cambio decisivo en su dramática búsqueda de la verdad, ya que su conversión a la Iglesia católica no significa otra cosa que el encuentro de la verdad.

Walter Nigg resume el proceso entero de conversión así: “ El paso dado por Newman, considerado sin perjuicios, es un drama estremecedor. Este es el único concepto que puede describir lo acontecido, mas que los conceptos de caída o regreso a casa. Se desarrolló en el alma de Newman una tragedia religiosa, cabe la cual no falta un vago sentimiento de culpa. El abandono de la casa paterna no fue para él una infidelidad, pero le causó, según testimonio propio, infinito dolor. Este casi lo destrozó interiormente. Se trataba de una nueva despedida, pero en esta ocasión era mucho más trascendente y definitiva que aquella de Oxford. La separación casi rebasó las fuerzas de su alma. Newman soportó sufrimientos y gimió, pues así de difícil fue la conversión. El abandono de Littlemore no solo le costó lágrimas, las cuales ocultaba su alma en un ambiente suave y doloroso, pues era una violenta renuncia a lo más amado que poseía sobre la tierra. ‘Me desgarré totalmente y no pude evitar besar mi cama, la chimenea y otras partes de la casa’. En estas erupciones emocionales sale a la luz de manera vehemente la abismal tristeza de su alma. Para que un hombre de su sobriedad y dominio bese al despedirse objetos muertos, debe haber pasado infinitamente mucho en él” (Nigg, 159).